

engañais, les dijo, sois espías. La sospecha del ministro ponía á sus hermanos en el mayor apuro, y no sabían qué decidir para declararlo. Uno de ellos tomó la palabra y dijo con aire de franqueza: Doce hermanos somos vuestros siervos, hijos todos de un solo hombre establecido en la tierra de Canaan; el mas pequeño está con nuestro padre, el otro no existe ya, y los otros diez están á vuestros piés.

José estaba contento; pero había resuelto no parecerlo. Esto es, replicó, lo mismo que he dicho; espías sois. Voy á hacer prueba de vosotros, y por vida de Faraon que no saldréis de aquí hasta que vea á ese hermano mas pequeño de que me habeis hablado, y que como mas sincero me hubiera revelado toda la intriga de vuestro viaje. Elegid uno de vosotros que vaya á traerlo, y los demás quedaréis aherrojados hasta que se pruebe si es verdadero ó falso lo que habeis dicho. José se contentó, sin embargo, con retener á uno de los diez en rehenes, el cual fué Simeon, y dejó que partieran los demás.

Por la primera vez quizás, despues de mas de veinte años, hicieron sérias reflexiones sobre la causa de su desgracia. Merecemos con razon, dijeron, los males que padecemos, pues son el justo castigo de la crueldad que tuvimos contra nuestro hermano; él lloraba á nuestros piés, implorando nuestra clemencia, y nos negamos á oírle; ahora se venga el cielo. ¿Por ventura no os dije, añadió Ruben, que no pecarais contra nuestro hermano? No me escuchásteis, y ved como el cielo nos demanda su sangre.

Todo esto lo decían en presencia de José; y como les había hablado por intérprete, no creían que los entendiese. Partieron, por fin, y llegaron al lado de Jacob, á quien contaron todo lo que había acaecido. El gran ministro, añadieron, nos mandó que le lleváramos á Benjamín, pues de lo contrario nos juzgará traidores, dará muerte á Simeon, y no nos venderá mas grano. ¿Qué desgraciado soy! respondió el santo anciano; pronto, si os creo, voy á verme sin hijos. He perdido ya á José, Simeon está preso en Egipto, ¡y aun quereis quitarme á Benjamín!

Entre tanto el hambre continuaba, y fué preciso, para no perecer, dejar partir á Benjamín, pero Judá respondió de su vida con la suya propia. Pusiéronse, pues, en camino, y llegaron á Egipto. Su primer cuidado fué presentarse al ministro y pedir audiencia; José se la concedió al momento, y mandó sacar de la cárcel á Simeon para que todos fuesen testigos de la escena que iba á pasar. Á la hora indicada José entró en el salon, y fueron llamados los extranjeros, á quienes saludó y dijo: ¿Está bueno vuestro padre? ¿vive todavía? Nuestro padre vive aun, le respondieron, y está bueno. Y al pronunciar estas palabras se inclinaron profundamente por respeto, y esperaron otra pregunta. José buscaba con sus ojos á Benjamín, pues siendo hijo de Raquel como él, era el predilecto de su corazón, y distinguiéndole en-

tre los otros, preguntó: ¿Es ese vuestro hermano el pequeño de quien me hablásteis? Y sin esperar la respuesta añadió: Dios tenga misericordia de tí, hijo mio. Y no pudo resistir por mas tiempo, se conmovieron sus entrañas, se le saltaron las lágrimas, y poco faltó para que con ellas no se le escapase el secreto. Y se retiró bruscamente á su aposento, donde las vertió copiosamente.

Aliviado su corazón, y despues de haberse lavado el rostro volvió á salir con aspecto tan tranquilo, que nadie conoció su emoción; despues mandó que les sirvieran de comer. Pero sus hermanos no habían llegado al fin de todas las pruebas que había resuelto imponerles; mandó á su mayordomo que llenase los sacos de trigo, y pusiera la suma que cada cual había traído, en la boca del costal. Harás aun mas, le dijo, ocultarás en el saco del mas jóven, además del precio del grano, la copa de plata de que acostumbro servirme. Y se ejecutaron las órdenes de José.

Los viajeros partieron alegremente, por la mañana, para volver al lado de Jacob; y habían salido ya de la ciudad cuando José llamó á su mayordomo, y le dijo: Marcha, y vé en seguimiento de esos extranjeros, y alcanzado que los hayas, díles: ¿Por qué habeis vuelto mal por bien? La copa que habeis hurtado, es la misma en que bebe mi amo. El mensajero alcanzó muy pronto á los viajeros; y es imposible explicar cuál fué su sorpresa cuando oyeron que se les acusaba del robo de una copa de plata. Si alguno de nosotros, exclamaron, es culpable de semejante crimen, muera, y los demás seamos vuestros siervos durante nuestra vida. Y, diciendo estas palabras, todos abrieron sus sacos, y examinándolos el mayordomo, empezando por la del mayor, encontró la copa en el saco de Benjamín.

Al verlo, rasgaron sus vestiduras, cargaron de nuevo sus asnos, y volvieron á la ciudad á arrojarlos á los piés del virey, el cual les esperaba en el mismo aposento donde le habían saludado. Y todos á una se postraron en tierra, para escuchar en este ademán humillante la decision de su juez. José se mostró con aire de autoridad, propio para aterrar á los culpables y hasta para desconcertar á los inocentes; les dirigió severas reprensiones, y concluyó con retener preso á Benjamín. Judá habló en nombre de sus hermanos, y le suplicó que dejase partir al muchacho, pues de lo contrario su padre moriria de dolor.

El corazón de José no podia resistir mas: mandó á todos los Egipcios que se retirasen, y cuando estuvo solo con sus hermanos, dió rienda suelta á sus lágrimas; y alzando despues la voz les dijo: Yo soy José: ¿vive mi padre todavía?

No podían responderle sus hermanos, pues estaban embargados por el terror; pero José añadió con una dulzura capaz de desvanecer su inquietud: Llegaos á mí; yo soy José vuestro hermano á quien

vendisteis para Egipto. No os asustéis, porque por vuestro bien me envió el Señor antes de vosotros á Egipto. Volved al momento al lado de mi padre, y decidle : Esto os envía á decir vuestro hijo José : Dios me ha hecho dueño de toda la tierra de Egipto; venid á verme, no os detengáis. Al terminar estas palabras, se arrojó al cuello de Benjamín, y estuvieron largo rato abrazados, vertiendo uno y otro lágrimas de ternura. Y abrazó también á todos sus hermanos, y les dió carros y víveres para su viaje, añadiendo ricos regalos para ellos y para Jacob.

Llegaron felizmente al lado del santo anciano, y le dijeron : Vuestro hijo José vive aun, y él es el que manda en todo el Egipto. Lo cual oido por Jacob, como despertando de un pesado sueño y fuera de sí, no acababa de darles crédito. No obstante, cuando hubo visto los carros y los magníficos regalos que le enviaba su hijo, exclamó : ¡ Me basta ! y pues que todavía vive mi hijo José, iré y le veré antes que me muera.

José ha sido mirado siempre, con razon, como una de las mas hermosas figuras del Mesías. En efecto, José es el hijo amado de su padre, y Nuestro Señor es el Hijo amado de Dios su Padre. — José está vestido de una túnica de difentes colores, tiene sueños que presagian su futura grandeza, y por esto es el blanco de los celos de sus hermanos; Nuestro Señor está adornado de toda clase de virtudes, anuncia á los Judíos, sus hermanos, su grandeza futura, y por esto es objeto de odio, de celos y de persecucion. — José es enviado á sus hermanos, y Nuestro Señor á los hombres sus hermanos. — José, al llegar cerca de sus hermanos, es maltratado, resuelven darle muerte, y le venden á mercaderes extranjeros; Nuestro Señor, al llegar en medio de los Judíos sus hermanos, es maltratado, Judas le vende, y los Judíos le entregan á los Romanos que le dan muerte. — José, despues de vendido, es llevado á Egipto, y llega á ser soberano de este reino; Nuestro Señor, vendido y humillado, alcanza en recompensa un poder sin límites en el cielo y en la tierra. — José, condenado por un crimen que no cometió, es encerrado en una prision, y Nuestro Señor, condenado por crímenes que no cometió, es preso y condenado á muerte. — José se halla en la cárcel con dos criminales de Estado, y anuncia al uno la libertad y al otro su suplicio; Nuestro Señor se encuentra en la cruz entre dos malhechores, y promete al uno el cielo, y deja al otro en su condenacion. — José pasa de la cárcel al apogeo de la gloria, y hasta las gradas del trono de Faraon; Jesucristo pasa desde la cruz á lo mas alto de los cielos. — José salva al Egipto de una espantosa miseria, y Nuestro Señor salva al mundo, que perecia por falta de verdad. — José es proclamado salvador de Egipto y colmado de honores de un extremo á otro del reino; Nuestro Señor es proclamado Salvador del mundo, y es ado-

rado, bendecido y glorificado de un extremo á otro del mundo. — José es llamado el salvador del mundo por los extraños antes que por sus hermanos, y Nuestro Señor fué reconocido como Salvador del mundo por los gentiles antes que por los Judíos sus hermanos. — Mientras no van á pedirle trigo los hermanos de José, están expuestos á morir de hambre, y mientras los Judíos no se conviertan á Jesucristo, sufrirán hambre de verdad y serán esclavos del error. — Finalmente, los hermanos de José se decidieron á ir á Egipto, y los Judíos se decidirán, al fin, á venir á Jesucristo abrazando el Cristianismo. — José, reconocido por sus hermanos, les perdona, les abraza y les hace felices; Nuestro Señor, reconocido, al fin, por los Judíos, los perdonará y colmará de bendiciones.

Esta figura nos corrobora lo que nos habia dicho ya una de las anteriores, y es que el Salvador será perseguido por sus hermanos, y nos dice además, 1º. que será condenado por un delito que no habrá cometido; 2º. nos indica el órden en que los pueblos se convertirán, primeramente los gentiles, y despues los Judíos; 3º. nos demuestra la bondad con que el Salvador perdonará á sus enemigos.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy gracias con todo mi corazon por haber revelado al mundo su Redentor bajo una figura tan interesante. Yo adoro vuestra sabiduría infinita, que segun las épocas y las necesidades añadia algunos rasgos al divino cuadro de que es modelo el Salvador. Dadme, Dios mio, la inocencia de José, y su dulzura, su humildad y su caridad para con los que me hagan mal.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *desterraré todo sentimiento de celos.*